



Me mato a trabajar durante toda la semana, y luego van éstos y me dicen que vaya con ellos a los Toros el domingo, ya ves, las ganas que me quedan a mí de ir allí a hacer el tonto. Que también van las chicas, dicen. Y digo yo que si no pueden quedarse aquí en el pueblo, en vez de irse a tomar por el saco el día de descanso. Según el Demetrio, que allí hay algo, magia dice él, que encandila a las chicas y dejan que uno se arrejunte más a ellas. Este Demetrio está tonto de capirote. Luego ya le pregunto el lunes, qué tal la magia, y siempre lo mismo, que la Reme casi se deja, pero que a última hora se echó atrás. A este paso, él se queda solterón y ella para vestir santos. No creo yo que haga falta irse al Cerro Guisando para arrimarse, y se lo digo siempre, pero él dale con lo de la magia, y que allí se está mejor, porque la gente no se molesta en ir a fisgar donde los Toros.

Él no lo sabe, pero el otro día me acerqué a la ermita a pedirle a san Antonio que arregle lo suyo, que el pobre ya me está dando pena. Fue después de misa, y luego estuve tomando un chato con el Eusebio, y se lo conté, y le pareció bien. Buena gente, el Eusebio, siempre de acuerdo con todo. Cuando ya empezaba a coger fama de solterón conoció a la Milagros, una chica de Cebreros quince años más joven que él, y a pesar de las habladurías de las más beatas, terminaron en el altar y ya van por el cuarto hijo.

*Ambrosio, que yo te lo decía, que en el cerro hay algo. Ayer la Reme me dijo por fin que vale, que seamos novios, y me permitió algún achuchoncillo. La cuadrilla estuvo de guasa toda la tarde, y las chicas se reían, no sé de qué, la verdad, como si nosotros fuéramos los primeros novios del pueblo. Oye, a ver cuándo te echas novia tú, que no piensas más que en trabajar, y estos años nunca vuelven.*

Ahí le doy la razón al Demetrio, sólo pienso en trabajar y total, no sé para qué, si yo no tengo vicios, y mi madre, después de lo de mi padre, come como un jilguero y casi ni sale de casa, que menos mal que de vez en cuando viene la Felipa a sacarla un poco y se la lleva hasta el Charco del Cura, porque no hay manera de convencerla para ir más lejos. A ver si llega ya el buen tiempo, y la convencemos para que por la noche salga un poquito al fresco con las vecinas y se distraiga un poco, que chismes con los que entretenerse no la van a faltar, pues menudas son la Felipa y la Paca para esas cosas. Que muy cristianas y muy de misa diaria, pero no han terminado de salir de la iglesia, y ya están dándole a la lengua diciendo de ésta o de aquélla. Y siempre que me ven la misma canción, Ambrosio, hijo,



¿cuándo te buscas una novia, que ya vas para mayor? Mira que un hombre no puede quedarse solo, que no sabéis hacer nada y necesitáis una mujer que os cuide y os atienda, y que os lave la ropa y os haga la comida, que ni un huevo sabéis hacer vosotros. Y no saben decirme otra cosa y a mí me llevan los demonios, y digo yo que a ellas qué les importa si yo busco o no busco una mujer, y además, parece que fuera algo que se encontrara en el monte, que subo a Cabeza la Parra y me encuentro a mi mujer debajo de un pino, como si fuera un niscallo. Y por respeto y para no ofender a mi madre me muerdo la lengua y no les digo que en casa yo soy el que lava la ropa y que sí sé freír un huevo, eso y muchas otras cosas, pero no merece la pena, podría decírselo pero seguro que ni se enteraban. A veces pienso que la culpa es mía por seguir aquí, que tenía que haber hecho como el Julián y el José Antonio, tan a gusto que están en Madrid, con una buena paga y viviendo como reyes en ese barrio donde no hay ni un madrileño, que son todos de fuera y ahora parecen una gran familia. Debería haberme marchado cuando me lo dijeron, pero yo no me atreví, me quedé por miedo, miedo a la ciudad y miedo a mi padre, que me decía que eso de marcharse era de maricones, que los hombres de verdad viven en el campo, cuidando de las tierras y del ganado, que si no fuera por eso, todos esos madrileños se morirían de hambre, que se creen que lo saben todo por trabajar en sus oficinas, pero que no sabrían ni ordeñar una vaca para poder beber un poco de leche. Y que luego fueron los de los pueblos, los de El Tiemblo y todos los demás, a trabajar como esclavos en sus fábricas, y meterse a vivir en esos pisos de mierda donde tienen que estar medio amontonados. Yo casi me llegué a creer todo lo que decía mi padre, o preferí creérmelo para no tener que decidir si me iba o me quedaba, eligiendo lo fácil, y aquí estoy, siendo yo el esclavo de estas tierras y de estos animales y cuidando de mi madre, y mi padre bajo tierra, seguro que maldiciendo por algo, porque creo yo que un hombre como él no estará a gusto ni después de muerto. ¡Pobre madre mía, lo que ha tenido que aguantar con él! Nadie me lo ha dicho, pero yo sé que la gente comenta por ahí que esto ha sido lo mejor que la ha podido pasar, y que ahora por fin podrá disfrutar un poco de la vida. ¡Pero qué coño va a disfrutar ya mi madre! No le quedan fuerzas, y por mucho que mi padre fuera un desgraciado, era su marido, y se acostumbró a él, y cree que después de él ya no puede haber nada. Y yo soy hijo suyo, y creo que sin darme cuenta yo no busco una mujer por miedo a hacerla una desgraciada como hizo él de mi madre. Ni de las cosas buenas la dejó disfrutar. En las fiestas del pueblo no salían a la verbena, decía que una mujer no podía estar bailando delante de todos los hombres, que una mujer es de su marido y de nadie más. Si mi madre le decía que casi todas las mujeres del pueblo iban a la verbena, él



respondía que no tenían vergüenza, y que sus maridos eran unos cornudos sin decencia. Según mi padre, eso de las verbenas hubiera debido estar prohibido. A san Gregorio sí la dejaba ir, pero ahora pienso que mejor hubiera sido para ella quedarse en casa. Año tras año era la misma historia, decía que ella hacía la peor empanada de todo el pueblo, que no se la comían ni los perros, y para demostrarlo se la tiraba a cualquier chucho que anduviera por allí; luego se iba con otro grupo a comer de su empanada. No entiendo por qué mi madre se prestaba siempre a semejante humillación, aunque supongo que negarse a ir hubiera sido peor. De lo que pasaba en casa, mejor ni acordarse. Así que la gente dice que por fin mi madre puede vivir, y la verdad es que yo también lo creo, pero ella no, y se me cae el alma a los pies cuando la veo sentada en su butaca mirando embobada no sé dónde, como si en el yeso de la pared fuera a encontrar algo que la devolviera a la vida, a ella o a mi padre.

El Demetrio me vuelve a insistir, que el domingo vaya con ellos al cerro, que viene una amiga de la Reme de Madrid, de cuando estuvo sirviendo en no sé qué casa de postín. Se lo hemos dicho muchas veces, Reme, boba, ¿para qué te viniste de Madrid, con lo a gusto que estabas allí? Que lo difícil es marcharse, pero cuando estás allí, ya solo queda disfrutar de la vida y volver al pueblo en vacaciones a matarnos de envidia a los paletos. Y ella siempre responde lo mismo, que qué sabremos nosotros si estaba bien o dejaba de estarlo. Y mientras, el Demetrio asiente y sonrío como un bobo, y repite Es verdad, es verdad, dándola la razón, como si él conociera toda la historia de pe a pa, cuando en realidad sabe más o menos lo mismo que nosotros. Dicen que el día que se presentó en casa, a punto estuvo su padre de matarla, y que ella decía que la matara si quería, pero que ella no volvía a Madrid a vivir donde su tía, una mala pécora insoportable, meticona y marimandona. Y que por mucho que esa tía fuera la hermana de su padre, él la perdonó, dicen que porque él mismo reconoce que su hermana es todo eso y más, y total, ahora la Reme está para los Reviejo, que ni falta la hace a ella Madrid para llevar unas perras a casa. Y mira, al final eso le ha venido bien al Demetrio, que yo creo que la Reme le gustaba desde chico, y se le veía muy mohíno el tiempo que ella estuvo en Madrid. Y aunque les conozco a los dos de toda la vida, se me hace raro verlos juntos, él tan grande como un poste, tan rubio, que siempre le hemos dicho que parece un extranjero, y ella más bien bajita, del montón tirando a fea, un poco gorda y con esos andares tan raros, pero buena chica, simpática y generosa, que es lo que importa, qué demonios.



Dice el Demetrio que la chica esa quiere conocerme, Alicia dice que se llama, Alicia, vaya nombres que ponen en las capitales, y para qué leches querrá conocerme a mí ésa. Esto son cosas del Demetrio, que no sabe ya qué inventar para que les acompañe. El caso es que me he quedado pensativo, y me he acordado de la vela que puse al santo para lo suyo, y resulta que allá que me he ido, a encender otra vela para que de verdad todo les salga bien; pero cuando estaba allí, he pensado que a quién quería engañar, que lo de la vela era por mí, y como soy así de cabezota y no quería reconocérmelo ni a mí mismo, pues he encendido dos, y santas pascuas. Y maldita sea mi suerte, que justo en ese momento ha aparecido la Felipa, y me ha pillado así, encendiendo velas al santo, y ya hemos empezado con la cantinela, Qué bien hijo, a ver si el santo te da una novia, que sé yo que no eres tan arisco como quieres aparentar, que te conozco desde que naciste, y parece que por fin te das cuenta de que ya eres casadero. Vamos, que de ahí a cinco minutos, todas las beatas del pueblo ya sabrían lo de las velas.

Al salir me he encontrado con el Eusebio, pero no me ha hecho falta ni hablar con él para darme cuenta de que le pasaba algo gordo. Que me han echado, me dice; el señor. Me cuenta que le acusa de haber robado en la finca, y él jura por sus muertos que es mentira, que él no ha robado nada, y yo le creo, si este hombre es un bendito. Le animo como puedo y le invito a un chato, como tantas otras veces, pero él dice que no está para chatos, que no está para nada, y le veo subir la cuesta envuelto en su ropa de mil remiendos, viejo, doblado por el trabajo, no sé cuántos años para esos canallas, y ahora que ya no vale como antes le apartan como a un perro. Ahora entrará en casa, y tendrá que decírselo a su mujer aunque no quiera, porque el Eusebio no sabe esconder nada, y pasará la noche pensando cómo va a dar de comer ahora a sus cuatro muchachos, que solo el mayor estaría ya para ponerse a trabajar. Me dan ganas de ir donde ese cabrón y cantarle las cuarenta, pero me quedo como un idiota en medio de la plaza, y al final lo que hago es entrar otra vez en la ermita y preguntarle al santo por qué en el cielo permiten esas cosas, y para calmar mi rabia pego un manotazo a las velas, y la Felipa, que sigue allí con sus rezos interminables, se queda mirándome como si fuera el mismo demonio, pero ahora me importa un pimiento lo que piense, y tampoco si lo cuenta, que me da que no, de asustada que se ha quedado, e igual piensa que si lo dice se va al infierno de cabeza. Lo que me preocupa de verdad es que deje de sacar de paseo a mi madre, que eso sí que tengo que agradecerse, y de orgulloso que soy ni se me había ocurrido nunca darla las gracias por distraer a mi madre aunque solo fuera de vez en cuando. Cuando esté más calmado se lo digo, y la cuento por qué me he puesto como me he puesto, que al fin y al cabo la mujer no tiene culpa de nada.



He vuelto a casa y he encontrado a mi madre sentada en la butaca como siempre, pero casi ni la reconozco. Se ha arreglado el moño y está muy bien peinada, su cara ha recobrado brillo después de mucho tiempo, y por primera vez desde la muerte de mi padre no va de luto; se ha puesto su mejor vestido, el único que de verdad puede llamarse así, uno azul que yo la ayudé a elegir hace mil años para ir a la boda de no recuerdo quién, y ni siquiera lleva zapatillas, sino los zapatos que también compró en aquella ocasión. No está mirando el yeso de la pared, sino un papel que tiene en la mano. Me acerco y veo que es una foto, una que yo no he visto nunca; está muy arrugada y se ve algo borrosa, pero se distinguen claramente dos figuras, un hombre y una mujer jóvenes. A ella la reconozco, a él no. La pregunto. Me mira con unos ojos que yo no conocía en mi madre, su tristeza es inmensa, infinita, profundísima. No habla pero noto que quiere hacerlo, parece buscar unas palabras que no logra encontrar. *Es el único hombre al que he querido en mi vida*, dice al cabo, casi en un susurro. No sé qué reacción refleja mi cara, pero mi madre sabe que no hay vuelta atrás y sigue contándome. *Esta foto es la única que logré salvar de tu padre*. Yo no sé qué decir y me quedo allí, pasmado, y no se me ocurre ni una sola pregunta, pero ella continúa. *Murió en la guerra. Yo le había gustado siempre a tu padre, y se aprovechó de mi tristeza para llevarme con él, pero sabía que yo no le quería de verdad, y no se cansó de intentar que me olvidara del Matías. Se fue a la tumba sin conseguirlo y él lo sabía, y estuvo lleno de rabia por ello hasta el último día, y esa rabia suya que no pudo dominar es la que me permite a mí devolverle todo el sufrimiento que me ha hecho pasar*. Y a pesar de la tristeza de sus ojos, una media sonrisa se le dibuja a mi madre en los labios, y a mí el corazón me bombea toda la sangre a la cabeza y de repente no sé qué pensar. La gente muere en las guerras, y yo estoy aquí por culpa de una. Pienso en lo desgraciada que ha tenido que ser la vida de mi madre; no me refiero a la vida que la hemos conocido todos, me refiero a su otra vida, la suya propia, la verdadera. Me agacho y la doy un abrazo. No sé por qué lo hago, después de tanto tiempo, y casi me da vergüenza, pero ella me devuelve el abrazo, un abrazo de madre, que significa que tú has sido lo único que de verdad ha conseguido dar sentido a su vida.

El domingo tardo en decidirme, pero al final meto en el zurrón la bota de vino, un trozo de hogaza y un chorizo, me cojo la bicicleta y me voy al cerro. Veo a la cuadrilla ya de lejos, entre ellos al Demetrio y a la Reme, y a su lado, esa chica que será la de Madrid. Ellos también me ven llegar, y se ponen a gritar y aplaudir como si yo fuera alguien importante.



Nos presentan. Ambrosio, esta es Alicia. Tanto gusto. Y la verdad, no sé qué más decir. Pero hay que reconocerlo, la chica es guapa. Tiene unos ojos enormes que resaltan en una cara fina, y un pelo muy moreno y muy largo que deja caer por la espalda, de una manera despreocupada que no se estila en las chicas de aquí. El Manolo propone comer algo y me saca del apuro. Todo son risas y chistes, incluso cantamos. Parecemos chavales de quince años. En ese momento lamento todos los domingos que no he venido. La tarde se pasa sin sentir. De pronto, me doy cuenta de que la Alicia me está mirando muy fijo. Me resulta imposible soportar la intensidad de esos ojos castaños tan profundos, me pongo nervioso y aparto la mirada, pero sigo sintiendo la suya. Vuelvo la cara hacia ella, y esta vez logro sonreír. Ella también sonríe, y su cara se ilumina y me muestra los dientes más bonitos que he visto nunca. No sé cómo, pero en ese momento sé que me tiene en el bote. Seguimos riendo las gracias de los demás, y al poco siento su mano sobre la mía. Yo la dejo hacer. Pienso que estas chicas de capital van muy rápido, pero me gusta que sea así. Ella presiona un poco, y yo otro tanto, y así nos quedamos.

Empieza a caer la tarde, y ya refresca. Alguien propone volver, o se nos echará la noche encima antes de llegar al pueblo. Nos subimos a las bicicletas y empezamos a alejarnos, pero al poco yo me paro, pongo el pie en el suelo y miro hacia atrás. El cielo se está poniendo rojo y allí se las ve a ellas, las cuatro figuras de piedra que llevan ahí toda la vida, como si no hubieran visto nada, como muertas, pero yo descubría ahora que esas piedras tienen alma y se dan cuenta de las cosas; me lo había dicho muchas veces el Demetrio, él lo llama magia. Y no puedo evitar pensar en mi madre, en que quizás también vino aquí con el tal Matías a sentir esa magia, a contar sus sueños a las piedras, pero a ella la fueron esquivas, sabe Dios por qué. Pero de algún modo sé que los Toros y el santo han decidido otra cosa para nosotros, y me hago la promesa de ser feliz el resto de mi vida. Lo hago por ella. No se me ocurre una manera mejor de devolverla lo que la arrebataron y que sólo a ella pertenece.